

14 de Mayo de 2017

Desde el segundo domingo de Pascua, las lecturas del Hechos de los Apóstoles han estado mostrándonos cómo los primeros cristianos vivían. Hemos oído la predicación del apóstol Pedro, llamando a la gente a arrepentirse and ser bautizada en el nombre de Jesús. Hemos oído cómo la gente «[acudía] asiduamente a escuchar las enseñanzas de lo apóstoles, [vivía] en comunión fraterna y se [congregaba] para orar en común y celebrar la fracción del pan», cómo «[todos] los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común», aún el vender lo que tenían para cuidar a uno del otro» (Hechos 2: 42, 44). Vemos que todos ellos vivían juntos, uno en corazón y mente, unidos espiritualmente, moralmente, y económicamente. Ellos nos recuerdan las palabras de Jesús, «En esto reconocerán todos que son mis discípulos: en que se aman unos a otros» (Juan 13:35).

En la primera lectura de hoy, sin embargo, oímos que hay fricción entre estos primeros cristianos, la fricción causada por prejuicio y sesgo ideológico dentro de la comunidad. Los hebreos eran judíos cristianos de Judea, quien creyeron que aquellos que vivían fuera de Judea fueron contaminados porque vivían entre no-judíos. Los griegos eran judíos cristianos fuera de Judea, quien creyeron que aquellos de Judea se preocupaban más acerca de leyes y reglamentos que acerca de la fe y el amor. La fricción llegó a su punto crítico sobre el cuidado de las viudas dentro de la comunidad. Los griegos creyeron que las viudas de Judea, aquellas que nosotros llamaríamos «los lugareños», recibieron trato preferencial. En este recuento de la Iglesia primitiva vemos que el prejuicio destruía la unidad del amor mutuo, la compasión, y el respeto entre los seguidores de Jesús.

En respuesta a esta fricción «Los doce convocaron . . . la multitud de los discípulos» y pidieron que siete hombres respetados por su devoción y fidelidad fuesen seleccionados. Estos doce son los discípulos de Jesús a quiénes le había dicho, «Como el Padre me envió a mí, así los envió . . . a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos» (Juan 20:21, 23). Éstos son los hombres denominados como el primer papa, y los obispos y los sacerdotes. Y en esta situación, como hemos escuchado, ellos son los encargados de resolver el asunto. Los siete hombres fueron presentados a los doce «y éstos, después de haber orado, le impusieron las manos». Éstos son los hombres que ahora llamamos los primeros diáconos. Aunque fue dada la orden de cuidar por las necesidades económicas de la comunidad, el libro de los Hechos les muestra también predicando, enseñando y bautizando.

Todos estos, los doce y los siete elegidos por la comunidad, constituyen el papa, los obispos, los sacerdotes, y los diáconos, aquellos que reciben Sagradas Órdenes por el servicio de la Iglesia hoy. Aunque ellos se cargan con la responsabilidad directa de servir a la Iglesia, es decir, la Gente de Dios, la vitalidad de la

14 de Mayo de 2017

Iglesia y su crecimiento dependen de la unidad de corazón y mente de sus miembros ahora como lo hizo entonces. Como escuchamos en nuestra primera lectura, cuando todos trabajaban y oraban juntos, «. . . la palabra de Dios iba cundiendo [y] . . . se multiplicaba grandemente el número de los discípulos». Y recordamos las palabras de Jesús: «En esto reconocerán todos que son mis discípulos: en que se aman unos a otros» (Juan 13:35). Y esto es el desafío para nosotros hoy.

Sabemos que los dos grandes mandamientos que nos unen son amar a Dios y amar a nuestro prójimo. También sabemos que cuando un maestro de la ley le preguntó a Jesús, «¿Y quién es mi prójimo?» (Lucas 10:29), Jesús contó la historia del Buen Samaritano. En esa historia un hombre judío fue robado, golpeado, y dejado medio muerto. Dos clérigos judíos, recuerden, anduvieron por el lado opuesto del camino para no estar cerca del hombre gravemente herido. Luego un extranjero quien los judíos odiaron, un samaritano pasó, vio al hombre judío, lo miró con compasión, fue a él, y trató a sus heridas, y colocó al hombre en su burro. Cuando llegaron a una posada, le dijo al posadero que cuidara al hombre, le dio el dinero al posadero, y le dijo que si el posadero gastaba más, el samaritano le pagaría cuando él regresara a través del área. En lugar de responder la pregunta del maestro de la ley, «Jesús entonces le preguntó, «Según tu parecer ¿cuál de estos tres se hizo el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?» El Maestro de la Ley contestó: «El que se mostró compasivo con él.» Y Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo»» (Lucas 10 36-37).

La Escritura que hemos escuchado hoy no es simplemente una cuenta de la Iglesia primitiva y de las acciones de Jesús. Levantan para nosotros un modelo y una advertencia. Si nosotros, como ellos, vivimos juntos, uno en corazón y mente, unido espiritualmente, moralmente, y económicamente, no sólo disfrutaremos de las frutas de esta solidaridad, pero también veremos «la palabra de Dios [continuar cundir y] . . . el número de los discípulos [multiplicarse grandemente]». Las palabras de Jesús y el ejemplo de fidelidad de la Iglesia primitiva existe para nuestra instrucción. El mensaje es intemporal, y nos dice a nosotros, «Vayan y vivan su vida en amor, mostrando ese amor a los demás por su compasión y misericordia.» Que eso sea nuestro modelo y nuestra meta.